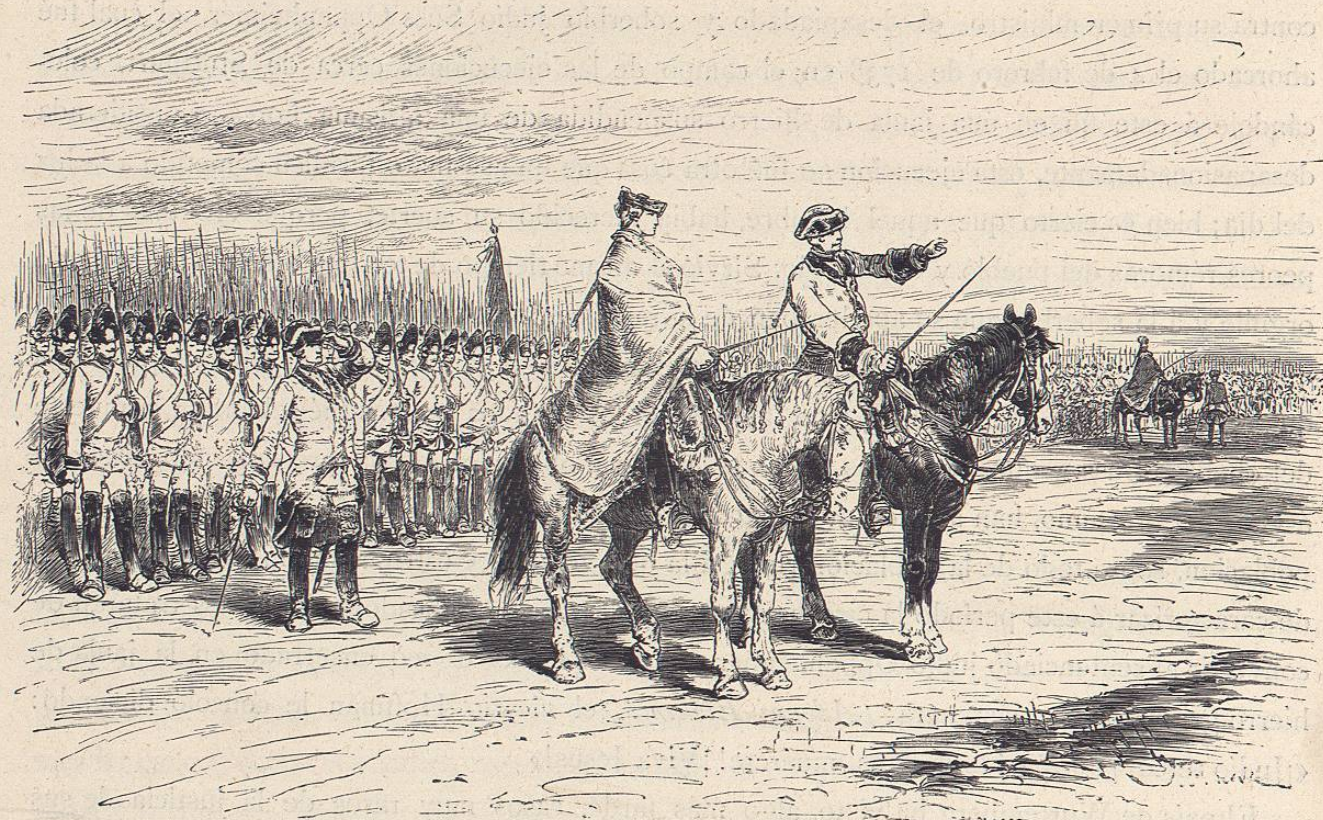


al mundo el siglo de las luces. Sería un error creer que el protestantismo hubiera cedido al catolicismo en punto á su fervor por el reino de Dios. La última solemne quema de una bruja en el imperio alemán se verificó en el obispado y principado de Warzburgo, donde la víctima de esa brutal justicia, la monja María Renata Singer, mujer de 70 años, subpriora del convento de Unterzell, y que según dicen las actas del proceso, «siendo una niña de seis ó



TROPAS AUSTRIACAS

siete años había sido seducida por un oficial (un demonio disfrazado),» fué sentenciada á ser decapitada y quemada, y ejecutada el 21 de julio de 1749 por haber ejercido la hechicería, endemoniando á sus compañeras, las demás monjas. Con ménos formalidades se decapitó en 1759 en Landshut, Baviera, una pobre niña de 14 años «por haber tenido trato con el demonio.» La mancha del último asesinato jurídico verificado en una bruja en territorio alemán, cae sin embargo, sobre un país protestante, el canton de Glaris, y en general puede asegurarse que los pequeños cantones de Suiza fueron los últimos refugios de las bárbaras costumbres de la Edad media. Una pobre moza de servicio, Ada Goldi, fué acusada de haber dado á la hija de su señor en un dulce recibido del demonio «puntas de alfiler que hirieron el estómago de la niña,» y de haberla paralizado por medio de sus hechizos una pierna. El tribunal ortodoxo de maleficios de Glaris cumplió con su deber, arrancó de la bruja la confesion deseada sometiéndola por dos veces á la tortura y la sentenció á muerte. El 18 de junio de 1782 la infeliz fué decapitada en el Patio de los juegos en Glaris y enterrada debajo de la horca. Este proceso anacrónico fué el que Schlaezer calificó en sus «Indicaciones de Estado» con la expresion de «asesinato jurídico» inventada por él y empleada por primera vez en esta ocasion. En general debe admitirse como evidente que, cuando ménos en la primera mitad del siglo XVIII, la Ale-



UN JARDIN EN EL SIGLO XVIII

mania protestante competía con la católica en punto á esta superstición. Testimonio característico de lo que acabamos de afirmar es un decreto de la Academia de ciencias de Berlín del año 1732, respecto al descubrimiento de tesoros escondidos. El presidente del citado instituto de sabios, un señor conde de Stein, publicó en forma de decreto el siguiente aviso: «Como según antigua tradición, en la Marca y sobre todo en la región de Lebus, Lehnin y Vilsneck, están escondidos considerables tesoros, para cuyo descubrimiento y para cerciorarse de si aún existen, ciertos frailes, jesuitas y otros parásitos de la misma calaña vienen de Roma, el vicepresidente debe vigilar bien á esa clerigalla y no perdonar medio alguno para dar con las riquezas, recurriendo á la vara mágica, á los exorcismos y á mandrágoras á cuyo efecto se le entregarán los libros mágicos de nuestro archivo y el *Speculum Salomonis*.» A tal altura científica se hallaba en 1732 la Academia de Berlín fundada á instigación de la «filosófica» reina Carlota, esposa de Federico I, con ayuda de Leibnitz. Verdad es que á la sazón el docto instituto no llegaba á costar 300 thalers anuales, pues Federico Guillermo I no quiso gastar absolutamente más. Este rey, semi-labrador, semi-sargento, trataba á la ciencia y á los sabios con un desprecio brutal. Llamaba á Leibnitz un «individuo bueno para estar de centinela,» é hizo discutir á su bufon, maese Morgenstern, en una solemne asamblea, con los catedráticos de la Universidad de Francfort del Oder, una tesis formulada por el mismo: «Los sabios son charlatanes y locos.» Sin embargo, no debemos pasar en silencio la circunstancia de que el servilismo de los sabios alemanes de aquella época, digno tan sólo de esclavos, provocaba y justificaba con harta frecuencia tales desprecios y malos tratos. Pero superiores á los sabios en cuanto á servilismo eran aún los sacerdotes luteranos. El que quiera saber á qué estado de degradación y de indignidad habían llegado los sabios alemanes, aún los de más celebridad y fama, lea los escritos que dirigían á Augusto el Fuerte de Sajonia, es decir, á uno de los representantes más inicuos y brutales del sultanismo bárbaro y arbitrario, á uno de los mayores déspotas que pesaron sobre su país y sus súbditos, á uno de los libertinos más disolutos, hombre que ni siquiera vacilaba en tomar por queridas á sus hijas. La Universidad de Leipzig dedicó en 1727 á este personaje una poesía festiva en la que le llama «Tito de nuestra época» y le alabó como «el poderoso Augusto, joya del mundo, maravilla fabricada por manos de Dios mismo.» Por su parte Gottsched compuso un poema en el que pinta al mismo Augusto, grande tan sólo en la fuga, como guerrero superior á los héroes de Homero; concluyendo sus versos del modo siguiente: «En la paz eres dos veces grande; tu alegría estriba en allanar á tus súbditos el camino de la salvación y por eso viven rodeados de la dicha.» Tales alabanzas encierran una sátira verdaderamente cruel para los pobres sajones á los que, según nadie ignora, el «dos veces grande» Augusto causó infinitos sufrimientos.

Las desgraciadas guerras, de vergonzoso fin, que este Hércules sajón emprendió para apoderarse de la corona real de Polonia, demuestran del modo más triste los manejos de la política de gabinete, y los caprichos y antojos de los príncipes, por quienes los alemanes tenían que derrochar entonces sus bienes y su sangre. El arte militar sufrió durante el tiempo de la coleta y los polvos, en el cual el ejército del imperio fué objeto de burla, muy importantes cambios, sobre todo en Austria y en Prusia. En el campamento austriaco manifestaban sus dotes, generales como el príncipe Eugenio, Luis de Baden, Daun, Liechtenstein y Laudon;

en el prusiano Federico Guillermo I, el príncipe Leopoldo de Dessau, después Federico el Grande con su hermano Enrique y sus generales Fernando de Brunswick, Winterfeld, Seidlitz, Schwerin, Zieten y otros; en las postrimerías del reinado de Carlos VI, último emperador de la casa de Hapsburgo, el ejército austriaco se hallaba muy desorganizado y al morir este monarca no contaba más que 68,000 soldados capaces de entrar en campaña. Reinando María Teresa, su contingente se aumentó hasta 200,000 hombres que exigían un gasto anual de 14 millones de florines.

Este ejército ofrecía un aspecto abigarrado, á causa de las gentes de diversas nacionalidades que lo componían, pero los cuerpos de la Guardia imperial eran verdaderamente magníficos. Hasta el año 1772 el enganche era la base del reclutamiento, pero desde entonces la quinta ofreció los elementos principales para el ejército activo. En cuanto á Prusia, el Gran Elector la había convertido ya en un Esta-



JOSE II

do cuya existencia y porvenir dependía de la espada. Toda la política de Federico Guillermo I tendió al desarrollo de su país como Estado militar. En esta política se confunden sus cualidades de labriego y de soldado; en ella no se echan de ver miras superiores de cultura y méritos aún conocimiento de los medios que la favorecen; mucho temor de Dios, más temor aún del rey; mucha basura y extraordinaria avaricia. El «Sargento coronado,» según se llamó al rey, pudo apoyarse en tales bases para dotar á su país, que sólo tenía 2,275 leguas cuadradas y 2.240,000 habitantes, de un ejército de 72,000 hombres, de los que 26,000 eran enganchados, es decir, extranjeros reclutados por medio de la astucia ó de la fuerza. De la renta total del Estado, que ascendía á 7.371,707 thalers anuales, el ejército absorbía 5.977,407. Todo prusiano que tuviera la talla de soldado estaba obligado á llevar «la casaca del rey.» Exceptuábanse sólo los hijos de los curas protestantes, los de los ciudadanos que probaban poseer una fortuna de 6 á 10,000 thalers, los hijos únicos y los jóvenes de la nobleza que, sin embargo, casi todos servían como oficiales. Federico Guillermo I ha creado el soldado con coletilla, polvos y polainas, tal como se veía, no pintado, pero sí en las célebres «paradas de Potsdam;» aquel regimiento de granaderos formado de «tres mil hombres de gran talla,» entre los que se contaban magníficos ejemplares de gigantes que el avaro rey había pagado en 5 á 10,000 thalers. La educación militar de los soldados ofrecía ya entonces en Prusia resultados sorprendentes: los movimientos uniformes como los de una máquina, el fuego por pelotones, batallones y regimientos, todo esto se hacía con una exactitud extrema. Federico el Grande dió á esta máquina militar el genio motor, su aliento de general. Durante su reinado el ejército llegó por fin á la cifra de 200,000 hombres que todos los años costaban 13.000,000 de thalers, es decir, más de la mitad de la renta del Estado. Los

elementos que componían el ejército hacían indispensable una disciplina terriblemente rigurosa; porque no podía considerarse aquel como pueblo armado, sino como soldadesca procedente de las regiones más opuestas, y de la ínfima clase social, con la que los oficiales sólo tenían de común el aire que respiraban y la muerte violenta á que estaban expuestos. El genio estratégico de Federico se dió á conocer en la rapidez de movimientos de sus ejércitos y en haber sabido comprender y utilizar las ventajas del orden oblicuo.



PARQUE INGLÉS

Bien pronto el ejército prusiano fué el modelo al que trataron de ajustarse todos los ejércitos de los grandes y pequeños Estados alemanes, aunque sólo en sus exterioridades. Los déspotas en caricatura que así remedaban á Federico, tenían sólo en su favor la ridiculez de su empeño, pues no deja de ser inicuo este comercio de carne de cañon, comercio que puede considerarse como una afrenta de aquella época y de aquellos príncipes, y que prueba hasta qué punto se había rebajado el pueblo alemán, á partir de la paz de Westfalia. Un pueblo que tales abusos toleraba, bien podía considerarse como ajeno al siglo de las luces y bien podía decirse que había perdido la esperanza en un porvenir mejor. Esos «Padres de la Patria» que así traficaban con los cuerpos de sus súbditos, vendiéndolos uniformados á los holandeses, ingleses y franceses, se llamaban duques de Brunswich y de Wurtemberg, príncipe de Anhalt-Zerbst y conde de Anspach; sin embargo, el verdadero traficante en carne humana al por mayor era el conde de Hesse-Cassel, quien pudo acuñar millones de thalers, gracias á la venta de 16,992 de sus súbditos. Un eco amortiguado y doloroso de las maldiciones y de los suspiros exhalados á causa de tales infamias, resuena en la patética «Cancion del Cabo» de Schubart. Pero con mayor claridad se expresa Seume en su autobiografía, pues él mismo fué víctima de aquel negociante de sangre humana, «por la gracia de Dios.»

Con el advenimiento de Federico II al trono, monarca á quien no podrá rehusar el sobrenombre de *grande* todo aquel que juzgue con alguna inteligencia de sus obras en paz y en guerra, el despotismo ilustrado comenzó á reinar en el suelo alemán; mientras que en Francia,



PAREJA DE LA CLASE MEDIA EN TRAJE DE LA ÉPOCA DE LUIS XV

así como en los demás Estados europeos, debía seguir imperando aún durante mucho tiempo un gobierno corrompido y estúpido, mezcla de barbarie y de molicie. Federico es una de esas figuras históricas que separan dos épocas, una de esas figuras que inician un nuevo capítulo en la historia del mundo. Su mérito como guerrero, aunque Klopstock le tachase, no sin razón, de ser un «extranjero en su patria» por su simpatía á las cosas francesas, consistió principalmente en haber devuelto al nombre alemán su antiguo brillo, elevando la nación prusiana al nivel de la austriaca, gracias á su heroica lucha de siete años contra fuerzas muy superiores. Con esto desvaneció de hecho el espectro del Sacro Imperio romano, convirtiendo á la vez e!